

## CANTO XXXI

Dando la espalda á *Malos sacos*, penetran los Poetas al centro del cerco octavo, donde está el gran pozo por el cual se baja al noveno. Alrededor del dicho pozo están los gigantes, saliendo hasta la cintura sus cuerpos, cuyo portentoso tamaño se describe. A petición de Virgilio, toma uno de ellos en la mano á entrambos viajeros y los pone suavemente en el último abismo del infierno.

La misma lengua que mi frente inclina<sup>1</sup>,  
y la sangre á mis pómulos avanza,  
fué la que me aplicó la medicina.

Esa virtud nos cuentan de la lanza  
que de Aquiles ha sido y de Peleo<sup>2</sup>;  
que si hace el daño, á remediarlo alcanza.

La espalda, en esto, al valle triste y feo  
dimos callando, por el alto muro  
que le da en torno amplísimo rodeo.

Aquí no era de día ni era obscuro,  
por lo que poco alcanza el ver despacio:  
mas de un cuerno escuché sonar tan duro,

que el del más bronco trueno hiciera lacio;  
y la vista hacia el sitio encaminando  
por do viene, paréla en un espacio.

Tras de la rota dolorosa, cuando  
vió su cruz santa Carlomagno expuesta<sup>3</sup>,  
no con tanto tronido tocó Orlando.

Así que observé un poco, alta la testa,  
me pareció que vía excelsas torres;  
y dije á mi rector:—¿Qué tierra es ésta?—

Y él:—Que la faz de los objetos borres  
á fe no extraño, pues con vista humana,  
entre nieblas espacio asaz recorres.

Cuando fueres allá, verás cuán vana  
de lejos la ilusión es de la mente:  
mas ora un tanto por llegar te afana.—

Luego estrechó mi mano dulcemente,  
y añadió:—Porque así menos te espantes  
cuando más cerca llegues á su frente,

sabe que no son torres, mas gigantes  
que del pozo la parte pisan baja,  
y están de ombligo arriba circunstantes.—

Como cuando la niebla se rebaja,  
y sale poco á poco la figura  
que celaba el vapor que el aire cuaja,

así rompiendo el aura crasa, oscura,  
según voy más y más hacia la orilla,  
la ilusión huye, avanza la pavura.

Como de excelsas torres se acastilla  
Monterregión<sup>4</sup> por cima á tanta almena,  
de cada cuerpo así mitad se humilla,

bajo del pozo, cuyo cerco llena  
la gigantesca grey, á quien del cielo  
aun amenaza Jove cuando truena.

Yo vía ya la faz de uno sin velo:  
la espalda, el pecho, y del gran vientre parte,  
y bajando ambos brazos hasta el suelo.

Cierto, hizo bien natura cuando al arte  
de formar tales seres puso meta,  
auxilio tan atroz quitando á Marte.

Y si ella á producir aún se sujeta  
ballenas y elefantes largamente,  
hasta en eso es más justa y más discreta.

Pues cuando con las luces de la mente  
la malévola fuerza aumentos toma,  
¿qué defensa oponer puede la gente?

Como la piña<sup>5</sup> de San Pedro en Roma,  
la faz de aquél en largos y anchos era,  
y en proporción los miembros que allí asoma.

Así el pozo, que túnica le fuera  
del talle abajo, aun muestra arriba tanto,  
que uno sobre otro á la alta cabellera

tres Frisones<sup>6</sup> llegaran con quebranto;  
porque yo treinta palmos descubriría  
desde donde el mortal se abrocha el manto.

<sup>7</sup> *Rapeji, mai, amech, irábi, almía,*  
á gritar empezó la horrenda boca  
en que salmo más dulce no cabía.

Y el maestro hacia él:—Ánima loca<sup>8</sup>,  
á tu cuerno te atén: con él despide  
cuanta pasión soberbia te sofoca.

Busca al cuello; á la soga tú le pide  
de que colgado pende, alma confusa,  
y hallarásle que el ancho pecho mide.—

—Ese (díjome luego) que se acusa  
á sí propio, es Nembrod, por cuya idea<sup>9</sup>  
un solo idioma el mundo ya no usa.

Déjale, y tu decir mejor emplea<sup>10</sup>;  
que ese de los demás la lengua entiende,  
cual los demás la atroz que él becerrea.—

Dijo, y la planta su camino emprende,  
y á la izquierda, á tiro de un arpón distante,  
hallamos otro que aun mayor se extiende.

Cuál fué la mano que le ató pujante,  
no sabré yo decir; sí que enseñaba  
sujeto un brazo atrás y otro adelante.

Porque enorme cadena le ligaba  
del cuello abajo el cuerpo descubierto,  
con cinco vueltas que en redor le daba.

—Este altivo mostrarse quiso experto  
en luchar contra Jove (dijo el guía),  
y así paga su torpe desacierto.

Efaltes es: los brazos que movía,  
cuando al cielo asustaron los Titanes,  
no ha de mover ya más su rabia impía.—

Y prorrumpí á mi vez:—¿Y los inmanes  
miembros de Briareo y su fierismo.  
no podré contemplar, ni sus afanes?—

Y aquél me respondió:—Vas aquí mismo á ver á Anteo, que habla y se halla suelto, y ha de bajarnos al postrer abismo.

El que quieres tú ver; allá está vuelto; y atado, así también, se le asemeja, si bien con rostro espanta aún más resuelto.—

Aquí al respiro Efiltes se apareja; y no temblor sacude de tal suerte las altas torres, que tremantes deja.

Cual entonces jamás temí la muerte, y á dármele bastara allí la grima, si no le viera el cadenón tan fuerte.

Al pozo, en tanto, nuestro pie se arrima, y llegamos do brazas cinco Anteo alza, sin la cabeza, de la cima.

—¡Oh tú, que á las llanuras donde leo que de Aníbal huyeron las legiones<sup>11</sup> (levantando á Escipión tan gran trofeo)

por botín arrastraste mil leones, tú, que si entrado hubieras en la guerra con los tuyos, acaso en sus prisiones

no gimieran los hijos de la tierra, bájanos (si mi ruego oyes propicio) á do helado al Cocito el frío encierra.

Ir no nos dejes á Tifón ni á Ticio: éste te puede dar lo que aquí se ama, no el rostro vuelvas, de desdén indicio.

Él aun puede en el mundo darte fama, porque vive, y le aguarda larga vida, si Dios antes del tiempo no le llama.—

Dijo así mi Maestro; y extendida en su busca la mano pronto vido, de que Alcides probó la sacudida<sup>12</sup>

Cuando Virgilio se sintió cogido, —Llégate acá— (gritó); y á sí me atrae, hasta hacer de los dos un haz unido.

Cual Carisenda<sup>13</sup>, al que la observa, trae al pie de do se inclina, y si humo vano cruza, le amaga con que opuesta cae,

á Anteo así inclinar vide á una mano por encima de mí, y hubo un momento en que quisiera estar de allí lejano.

Mas él nos pone, suave, do el asiento es en que á Judas Lucifer quebranta<sup>14</sup>; y deshace después su movimiento, y cual mástil de nave se levanta.

## CANTO XXXII

El arca del noveno cerco es un pavimento de hielo durísimo, formado por el derrumbe del Cocito, y el cual se inclina hacia el centro, como el seno de *Malos sacos*. Está dividida en cuatro departamentos concéntricos, y en cada uno de ellos se castiga una especie de iniquidad fraudulenta. En el primero, que se llama Caína, del nombre del primer homicida, están los traidores contra su propia sangre; en el segundo, que se llama Antenora, del troyano Antenón, que vendió á Troya, sufren su castigo los traidores á la patria y á su propio partido; en el tercero, que, por el que vendió al gran Pompeyo, se llama Tolomea, yacen los traidores á sus amigos; y, finalmente, en el cuarto, llamado Judeca, por el malhadado Iscariote, los que hicieron traición á sus jefes y bienhechores. Se habla en este Canto de varios pecadores de la Caína y de la Antenora que se presentan á DANTE mientras atraviesa los hielos acercándose al centro.

Si numen alcanzara áspero y bronco,  
cual conviene á ese pozo, que á Dios plugo  
que de los otros centros fuese tronco,

yo exprimiría de mi mente el jugo  
fácil; mas como aquél de mí se escapa,  
á la empresa me lanzo, no sin yugo.

Que no es sencillo intento alzar la tapa,  
y fondo descubrir del universo,  
á lengua que balbuce *mama* y *papa*.

Mas no el soplo de aquéllas halle adverso  
por cuyo auxilio Tebas se erigiera<sup>1</sup>,  
porque sea del caso propio el verso.

¡Oh la más pobre plebe y lastimera<sup>2</sup>  
del ciego abismo de que hablar es duro:  
cabras ú ovejas ser más os valiera!

Cuando dentro me vi del pozo obscuro,  
bajo más que el gigante y las escasas  
luces mirando aún del alto muro,

oí decirme: ¡*Cuida cómo pasas:*  
*de tus tristes hermanos no arrogante*  
*maltrate así tu pie las frentes lasas!*

Y al oirlo volvíme, y vi delante  
y á mis plantas un lago, por su hielo  
más al cristal que al agua semejante.

No así en el Austria espeso, invernal velo,  
del Danubio el caudal cubre aterido,  
ni al Tánais<sup>3</sup>, en más frío y pardo cielo,

como el que vi; que si sobre él caído  
hubieran Taberniquio<sup>4</sup> ó Piedra-apuana,  
ni aun en su orilla oyérase un chasquido<sup>5</sup>.

Y cual á su graznar está la rana,  
el muso fuera, cuando el tiempo sueña  
de ya espigar las mieses la villana;

lívida así, hasta el sitio que no enseña  
el rubor, cada sombra está en el lago,  
chasqueando con los dientes cual cigüeña.

Los rostros inclinando al hielo aciago,  
de su frío la boca muestra daba,  
de su angustia el mirar doliente y vago.

Cuando la vista, que en redor pasaba  
volví á mis pies, vi á dos tan adheridos,  
que el cabello de entrambos se mezclaba.

—Decidme quiénes sois los así unidos—  
(dije); y ellos presentan los semblantes,  
doblando atrás los cuellos doloridos.

Y sus ojos, por dentro húmedos antes,  
por los bordes gotean, y se cuaja  
aquel lloro y los cierra, tan premiantes

como leño con leño férrea faja;  
con que su furia es tal, que cual cabríos,  
su frente se alza y á topar se abaja.

Y uno, que ambas orejas por los fríos  
perdido había, cabizbajo y yerto:  
—¿Qué afán (dijo) te clava en los impíos?

Si quiénes son saber quieres de cierto,  
el val por do Bisencio<sup>6</sup> el curso inclina,  
de ambos ha sido<sup>7</sup>, y de su padre Alberto.

Nacieron de una madre, y la Caína  
tu vista correrá, sin que uno vea  
más digno de yacer en gelatina;

ni aquél<sup>8</sup> contando en quien Arturo emplea,  
rompiendo pecho y sombra, la gran lanza:  
ni Foscaha<sup>9</sup>: ni aun éste que sombrea

tal mi vista, que más á ver no avanza,  
y es Sasol Masquerón<sup>10</sup>, cuya perfidia,  
si toscano eres tú, bien se te alcanza.

Y porque no á mi lengua des más lidia,  
soy, de los Pazos, Camichón<sup>11</sup>, y aguardo  
aquí á Carlín<sup>12</sup>, que á todos nos dé envidia.—

Vi luego rostros mil, blancos cual nardo;  
de entonce terciamiento escalofrío,  
al ver capas de nieve, siempre guardo;

y en tanto que va al punto el paso mío  
do toda fuerza de atracción se aduna,  
y todo tiemblo en el eterno frío,

no sé si por azar ó por fortuna,  
al caminar sobre los tristes seres,  
fuerte pisó mi planta el rostro de una

sombra, que me gritó:—¿Por qué me hieres,  
si es que de Monteaperto el gran castigo  
con tus injurias aumentar no quieres?—

Y yo exclamé:—La duda que ora abrigo  
¿querrás, Maestro, que en solver me fije,  
y luego aprisa seguiré contigo?—

El Maestro paró, y al que aun dirige  
blasfemias y baldón:—Y tú, ¿quién fuiste  
que increpas tanto á los demás? (le dije).—

—Y tú mismo, ¿quién eres (gritó el triste)  
que estropeándonos vas por la Antenora,  
con impulso mayor que á muerto asiste?—

—Vivo estoy, y si pides fama ahora  
(le respondí), tu nombre oiráse allende  
con otros que mi mente ya atesora.—

Y él:—Lo contrario mi dolor pretende;  
y vete, y danos paz con apartarte,  
que mal aquí adular tu labio entiende.—

Mas del cuello le así; y:—Has de nombrarte  
(le dije), ó la cabeza te repelo,  
que ni mechón en ella ha de quedarte.—

—Pues bien (me respondió) me arranca el pelo,  
y mi cerebro á pisotear empieza:  
no has de saber quién soy, ni de qué suelo.—

De su cerviz mi mano en la maleza  
ya revuelta, arrancábale no poca,  
y él aullaba, bajando la cabeza,

cuando otro le gritó:—¿Qué tienes, Boca?<sup>13</sup>  
¿No te basta trinar con la quijada,  
que aun ladras? ¿Ó es que el diablo así te toca?—

Y entonces yo:—Pues tu habla es ya sobrada,  
torpe traidor, que de tu fama infesta  
noticia llevaré al mundo colmada.—

Y él:—Anda y lo que quieras manifiesta.  
Mas, si sales de aquí, no del grotesco  
te olvides que la lengua hubo tan presta.

Ya está pagando su caudal Galesco;  
y decir puedes: *En la val que espanta,*  
*yo vi al de Duera<sup>14</sup> tiritando al fresco.*

Y, si aun preguntan de caterva tanta,  
ese que está á tu lado es Becaría<sup>15</sup>,  
de quien segó Florencia la garganta.

Y allá Juan Soldaniero<sup>16</sup> se desvía,  
con Ganelón<sup>17</sup> y Tebaldillo artero,  
que á Fayenza entregó mientras dormía.—

Siguiendo yo después, vi un agujero  
donde, entre dos, la vista se trabuca,  
porque una testa de otra era sombrero.

Que, como el pan con hambre se manduca,  
así el de encima al otro le mordía  
do el cerebro se enlaza con la nuca.

Y cual Tideo la cabeza un día  
royó de Menalipo<sup>18</sup>, en odio horrendo,  
éste el cráneo y lo interno le comía.

—¡Oh tú que encono tanto estás diciendo  
contra el que así bestial osas tragarte!  
Cuenta por qué (le dije); que en oyendo

quién vosotros seáis, y de cuál arte  
(sin duda bien feroz) contra ti peca,  
te ofrezco que en el mundo he de pagarte,  
si la que hoy nuevo aquí no se me seca<sup>19</sup>.—

## CANTO XXXIII

DANTE, en la Antenora, oye la relación que de su fin trágico le hace el conde Ugolino. Pasa luego á la Tolomea, y fray Alberico de Manfredi le explica el modo maravilloso con que procede la Justicia divina contra los que vendieron á los amigos que á ellos se confiaron.

La boca alzó de la feroz comida  
tal pecador, limpiándose en el pelo  
de la cabeza por detrás roída.

—Pídesme que renueve el sin consuelo  
dolor desesperado que atesoro,  
con que, sólo al pensar, me anego en duelo.

Mas si germen de infamia al que devoro  
es lo que ora ¡infeliz! voy á contarte,  
junto oirás mis palabras y mi lloro.—

Dijo, y siguió:—Quién seas y cuál arte  
te traje aquí, no sé: mas florentino  
paréceme, en verdad, al expresarte.

Sabe que el triste fuí conde Ugolino<sup>1</sup>,  
y el arzobispo es este tal, Rugiero;  
y oye por qué le soy tan vil vecino.

Que á invención sola de su enojo fiero  
fuí, por confiarme en él, aprisionado  
y muerto luego, repetir no quiero.

Mas lo que haber no puedes escuchado  
sobre cuánto mi muerte ha sido ruda  
diré, y verás si ofensas me ha causado.

Lumbrera escasa en lo alto de La-Muda<sup>2</sup>,  
que hoy se llama *Del Hambre*, á causa mía;  
y adonde aguarda á tantos suerte cruda,

varias lunas traídome ya había,  
cuando asaltado fuí de fatal sueño,  
que el velo del futuro descorría.

Á éste vi, cual montero ir jefe y dueño,  
lobo y lobeznos hacia el monte ojeando  
que alza entre Luca y Pisa<sup>3</sup> el torvo ceño.

Él ante sí llevaba los Gualando,  
Lanfrancos y Lismondos, con pujantes,  
listos, hambrientos canes apretando;

y vi que, á trecho corto, iban jadeantes  
hijos y padre, y que el marfil canino  
rasgaba ya los flancos palpitantes.

Al despertar, al Orto matutino,  
sentí á mis hijos, mis compañeros fieles,  
pan demandar, soñando, en son mezuino.

Cruel debes tú ser, si hoy no te dueles;  
y al ver lo que ya al alma se anunciaba,  
¿de qué, si de eso no, llorar tú sueles?

Despiertos eran ya: la hora pasaba  
del diurno alimento ¡duro alerta!  
que, por su sueño, cada cual temblaba.

¡Ay! En esto, sentí la baja puerta  
de la torre tapiar, y mi atonía  
en mis hijos clavó la vista yerta.

Yo no lloraba: dentro empiedrecía:  
mas ellos sí; y el Anselmucho mío:  
*¿Por qué así miras, padre?* (me decía).

Ni aun entonces lloré: ni hablar, sombrío  
en todo el día, ni en la noche ensayo,  
ni aun con la nueva luz del sol impío.

Mas cuando un poco entró su débil rayo  
en la doliente cárcel, y leyendo  
del mío, en cuatro rostros, fuí el desmayo,

las manos de dolor me mordí horrendo.  
Y ellos piensan que el hambre á eso me arroja;  
y de repente alzáronse, diciendo:

*Padre, menor será nuestra congoja  
si comes nuestra carne: tú la hicistes:  
lo que has vestido tú, tú lo despoja.*

Me calmé, por no hacerlos aún más tristes;  
y ese sol y el siguiente mudos fuimos:  
¡ay! ¿por qué, dura tierra, no te abristes?

Cuando del día cuarto la luz vimos,  
Gado á los pies se me arrojó clamando:  
*Padre ¡qué! ¿no me amparas? ¡Nos morimos!*

Y expiró; y cual me ves, ir acabando  
uno á uno tras él los vide crudo,  
entre el quinto y el sexto día infando.

Yo, dos más los llamé, ya ciego y mudo,  
de uno en otro palpando sus despojos:  
luego... más que el dolor el hambre pudo.---

Cuando hablado hubo así, bizcó los ojos,  
y volvió en la cabeza á hincar los dientes,  
duros como de can y en sangre rojos.

¡Ay, Pisa, vituperio de las gentes  
del suelo hermoso donde el sí<sup>4</sup> se entona,  
pues son á castigarte hoy negligentes,

muévanse la Caprera y la Gorgona<sup>5</sup>,  
y abocándose al Arno, hagan que ceje,  
con que viva no quede allá persona!

Que si al conde Ugolino hay quien moteje  
de que los fuertes entregado había<sup>6</sup>,  
¿á los hijos no es bien que en paz se deje?

¿Ó inocentes su fresca edad no hacía,  
¡nueva Tebas! á Ugucio y á Brigado  
y á los dos más que el canto refería?—

Y prosiguiendo fuimos do la helada  
envuelve dura y rígida otra gente,  
con la faz boca arriba, y no agachada.

En esa, al llanto el llanto no consiente:  
pues, como vallas en los ojos topa,  
torna atrás y hace que la angustia aumente;

que el primer lloro helado allí se atropa  
y como tapa de cristal, adentro  
guarda del triste humor llena la copa.

Yo, en esto (aunque insensible ya me encuentro,  
cual si cubriera un callo la faz mía  
por la frieza del horrible centro)

creí notar que un viento se sentía,  
y á mi maestro dije:—¿Quién lo mueve?  
¿No es esta sima de vapor vacía?—

Y él á mí:—Aguarda la respuesta en breve:  
tu propia vista, que su soplo arrostra,  
te hará ver el motor de este aire alevé.—

Entonces uno de la helada costra:  
—¡Oh almas (nos gritó) tan criminales  
que aquí bajáis donde el mayor se postra!<sup>7</sup>

De los ojos quitadme estos cendales;  
porque un poco el dolor alivios haya,  
mientras no son las lágrimas cristales.—

—Si quién eres me cuentas, de esa laya  
te ayudaré (le dije) como amigo;  
y si no cumplo, á vuestros hielos vaya!—

Y respondió:—Yo soy fray Alberigo<sup>8</sup>:  
yo soy quien traje frutas del mal huerto,  
que aquí vengo á pagar dátíl por higo<sup>9</sup>.—

—Oiga, exclamé, ¿conque también has muerto?  
Y él:—Cómo el cuerpo allá en el mundo sea,  
después que le solté, no sé de cierto.

Esta virtud contiene el Tolomea;  
que el alma muchas veces aprisiona,  
y aun Atropos<sup>10</sup> sus dedos no menea.

Y, porque con más gusto des corona  
á enjugar tanta lágrima cuajada,  
sabe que en cuanto una ánima traiciona

cual hice yo, del cuerpo es separada  
por un genio infernal que le gobierna  
hasta ser su hora última llegada.

El alma ocupa en tanto esta cisterna;  
y así aparece estar el cuerpo vivo  
de esotra sombra que á mi espalda inverna<sup>11</sup>,

tú debes conocerle, si tu arribo  
es de hace poco: es Branca D'Oria<sup>12</sup>, y años  
hace algunos que aquí se ve cautivo.—

Y le dije:—No creo en tus engaños:  
Branca D'Oria no ha muerto todavía,  
y come, y bebe, y duerme, y viste paños.—

Y él dijo:—Miguel Sánchez aun no había  
del Garritranca al foso descendido  
donde la hirviente pez nunca se enfría,

cuando aquél<sup>13</sup> dejó un diablo poseído  
del cuerpo suyo, y otro del insano  
deudo que en la traición su apoyo ha sido.

Pero tiempo es que acá tiendas la mano  
estos ojos á abrir.—Mas fuéle adverso;  
y justicia aquí fué serle villano.

¡Ah, pueblo genovés, de artes diverso  
de los demás, insigne en dolo y mañal  
¿Que de sí no te arroje el universo?

Con el hombre más malo de Romaña,  
de los tuyos vi uno en esta riba,  
cuya ánima en Cocito ya se baña,  
y aun el cuerpo viviendo tiene arriba.

## CANTO XXXIV

Los traidores están sumergidos enteramente entre el hielo en esta última división del abismo, llamada Judeca. Aparece Lucifer, y se describe su espantosa figura. Agarrándose al espesísimo vello de que está cubierto el cuerpo de aquél, atraviesan los Poetas el centro de la tierra; de donde, siguiendo el murmullo de un arroyo, salen al otro hemisferio á disfrutar la luz del día.

— *Prodeunt vexilla regis in inferno*<sup>1</sup>  
hacia nosotros ya; mas antes mira  
si los distingues (dijo el padre tierno). —

Como cuando sutil niebla se aspira,  
ó cuando en nuestros climas anochece  
se ve molino allá que al viento gira,

grande edificio así ver me parece:  
después, tras de mi guía, parapeto  
busco al viento, que sólo él me lo ofrece.

Era (y con susto el cántico acometo)  
ya do las almas todas, transparentes,  
adentro están, como en el frasco el feto.

De mil modos se ven: altas las frentes:  
ya en cuclillas el cuerpo, ya tendido:  
ya boca abajo, haciendo arcos de puentes

cuando hubimos al punto, al fin, venido  
do plugo á mi maestro la criatura<sup>2</sup>  
mostrarme, cuya faz tan bella ha sido,

me para, se me aparta; y con mesura pronuncia:—Ve aquí á Dite<sup>3</sup>: ve el asiento do conviene te asistas de bravura. —

Cuál me hallé entonces, frío, sin aliento, ni lo sueñas, lector, ni yo lo escribo, ni lo alcanza á expresar humano acento.

Quedé entre vida y muerte ya inactivo: imagina, si flor tu mente esconde, cuál yace el que ni muerto está, ni vivo.

Hasta el pecho por cima alza de donde son los hielos, el rey del antro horrible; y á un gigante mi talla más responde,

que á su brazo el gigante más temible. ¡Mira, pues, cuál ser debe el cuerpo entero proporcionado á miembro tan terrible!

Si tan bello antes fué, cual hoy es fiero, después que á su señor llenó de enojos, ¡de todo luto el suyo es el primero!

¡Oh cuánta maravilla fué á mis ojos el verle con tres facés en la testa!<sup>4</sup> Una es delante, de colores rojos:

y de las otras dos, juntas con ésta, subiendo en dirección de cada espalda, á acabar en el grupo de la testa,

la de derecha es entre blanca y gualda, y la de izquierda lleva las señales de quien del Nilo se crió en la falda.

Alas de cada lomo surgen, tales como á pájaro tocan tan enorme: ¡nunca lonas el mar ha visto iguales!

Su tejido, sin plumas, es conforme al que viste al murciélago; y arroja tres vientos á la vez la piel informe,

con que hiela al Cocito y le acongoja. Por seis ojos lloraba, y por tres barbas bajaban llanto y baba sanguirroja.

Con los dientes, cual trillo de las parvas, en cada boca un pecador tritura, el castigo á la vez dando á tres larvas;

y al del frente el mordisco no le apura, comparado al garreo, cuyo azote pela su espina en larga matadura.

—Esa ánima, á quien cabe el mayor lote, con la cabeza adentro y los pies fuera (dijo el maestro), es Judas Iscariote.

De los que ves colgar la cabellera cabeza abajo, el de la negra es Bruto: ve cual calla, y se tuerce, y desespera;

aquel fornido es Casio. Mas ya el luto vuelve la noche á duplicar, y es hora de partir, pues de aquí ya hubiste el fruto. —

Y yo á su cuello, cual dispuso ahora, colguéme, y él, aprovechando el vuelo que entera abrió la tela aventadora,

se asió del lomo al encrespado pelo,  
y de un vellón en otro descendimos,  
entre las cerdas y el crocante hielo.

Cuando en el punto do se juntan fuimos  
con las ancas los muslos, mi buen guía,  
con más trabajo que hasta allí tuvimos,

la cerviz puso do los pies tenía,  
y al vello se agarró, cual si subiera;  
con que pensé que al Orco me volvía.

—Asegúrate bien, que esta escalera  
(dijo el maestro, sin aliento y laso)  
es el medio, y no hay otro, de ir afuera.—

Después salió por el boquete raso<sup>5</sup>  
de un peñasco, y sentóme allí en su riba,  
para explicarme luego el hábil paso.

La vista alcé, creyendo que á ver iba  
cual dejado le había al gran coloso,  
y le hallé, con asombro, pies arriba.

Cómo entonces sentíme pesaroso,  
imagínelo el vulgo, que no entiende  
por qué punto salí del antro odioso.

—Álzate (dijo el vate), el cuerpo extiende:  
larga es la vía, aspérrimo el camino,  
y ya á la media tercia<sup>6</sup> el sol asciende.—

No salón de palacio es el mezquino  
recinto aquél, mas natural cloaca,  
sin luz, y el suelo por do voy malino.

Antes que salga de la sima opaca,  
cuando me alcé de pie, dije á mi guía:  
—Háblame un poco, y de mi error me saca.

¿Qué es del hielo? ¿Por qué la sierpe impía  
está cabeza abajo, y en breve hora  
hizo su giro el sol de noche á día?—

Y él:—Tú imaginas encontrarte ahora  
allá del centro do me así al perverso  
reptil que el mundo á su caer perfora.

Allí estuviste hasta que el viaje inverso  
tomé: que entonce el punto has traspasado  
que todo peso atrae del universo<sup>7</sup>;

y al contrapuesto cóncavo has llegado  
que cobijando está la vasta Seca<sup>8</sup>  
sobre cuyo alto centro consumado<sup>9</sup>

fué Aquel que ni al nacer ni en vida peca:  
y<sup>8</sup>ora la breve esfera es tu peana,  
cuya opuesta mitad es de Judeca<sup>10</sup>.

Cuando reina allá noche, aquí es mañana  
y, cual bajó, sumido está en el hielo  
el que escala nos dió de fosca lana.

Cayó á esta parte<sup>11</sup> desde el alto cielo,  
y la tierra en su espacio contenida  
corrió, de espanto, al mar á hacerse un velo,

y vino á tu hemisferio, y en su ida  
vació acaso ese sitio en terremoto,  
y alzó la que verás montaña erguida<sup>12</sup>.—

Sitio hay allí, de Belcebú remoto  
tanto, cuanto su tumba allá se extiende,  
que por el son, no por la vista<sup>13</sup>, es noto

de un arroyuelo breve que á él descende,  
de piedra, que gastó, por la abertura,  
con giro circular que poco pende.

Mi guía y yo por esa senda obscura  
entramos á volver al claro mundo;  
y ya el descanso sin tener en cura,

subimos, yo primero y él segundo;  
tanto, que en parte vi las cosas bellas  
que el cielo adornan, por buzón rotundo;  
y dél salí á gozar de las estrellas.

FIN DE LA CÁNTIGA PRIMERA

## NOTAS

### CANTO PRIMERO

<sup>1</sup> DANTE imagina que ha empezado este viaje alegórico en el plenilunio de marzo del año de mil trescientos, en cuya época tenía treinta y cinco años de edad, que él supone la mitad del camino de la vida ordinaria de los hombres. En esta alegoría, en que se emplea casi todo el canto, el Poeta quiere darnos á entender el objeto del poema. La corrupción y los vicios de su tiempo, ocasionados principalmente por la muerte de las creencias religiosas, habían producido gobiernos infelices, y conducido á la desgraciada Italia al desorden y á la más espantosa miseria: los ciudadanos armados unos contra otros, la plebe desenfrenada y furibunda, los grandes orgullosos y prepotentes, los magistrados avaros y venales, los sacerdotes más atentos á la tierra que al cielo, los príncipes tiranos y azote de sus súbditos; todo ofrecía el cuadro más desconsolador; y el Poeta, que se figuraba conocer el origen de tantos males, y que había hecho él mismo, aunque infructuosamente, todo lo posible para remediarlos cuando fué Prior de Florencia, emplea todo su ingenio en cantar la regeneración moral del hombre y la política del Estado, que, según sus principios y las ideas que había formado, sólo habría de lograrse por medio de una monarquía universal, sujeta á las leyes de un solo emperador establecido en Roma. El creía que este imperio era de derecho divino; y que, por el contrario, eran una usurpación, y semilla de toda clase de miserias, debilidad y pobreza, los gobiernos de las pequeñas repúblicas y señorías, amparadas por la influencia y la autoridad de los Papas, que no debía extenderse más que á los asuntos de la religión y disciplina de la Iglesia. De este pensamiento, que le dominó siempre desde que salió desterrado de su patria á causa de su desgraciado ejercicio del cargo público que obtuvo en ella, nacen todas las apreciaciones que hace sobre el poder temporal de los Papas.